

El último presidente.

Esa mañana llegó más temprano que de costumbre. Bajó del auto presidencial y mientras se dirigía hacia la entrada del Palacio le dedicó una última mirada a la fachada. Notó que necesitaba una mano de pintura. Luego levantó la cabeza, observó al cielo y presintió que llovería. *“No es un buen día para que llueva”*, se dijo a sí mismo, esperando de poder evitar el aguacero.

Entró a su despacho y vio que el sillón presidencial se había movido de lugar. Lo colocó detrás del escritorio y se sentó. El estaba incómodo y el sillón renuente, como si rechazara aquella postura que lo había ocupado durante tres años. La campanilla del teléfono sonó y una voz castrense informó la decisión. Contestó, en vano, con valentía y honor. Colgó, agarró un bolígrafo y se dispuso a escribir su mensaje: *“Pueblo chileno, aquí me quedo”*.

El edecán entró sin golpear y empezó a detallarle la situación. El Presidente, de espaldas a su asesor y mirando la plaza aún vacía, se dio vuelta e interrumpió al edecán con una mirada que anticipaba el destino. El edecán, aterrorizado, preguntó: *“Señor Presidente, ¿me está escuchando?”*. El Presidente parpadeó para cambiar la mirada y tranquilizar a su amigo: *“Llame a las radios. Tengo que hablar con Chile”*.

Apenas terminó el mensaje radial el teléfono sonó nuevamente. El Presidente guardó los papeles en un sobre, tomó aire y levantó el auricular, colocándolo a una distancia prudente de su oído. Escuchó, sereno y atento, el contramensaje. *“¡Cobardes! Yo no me rindo”*, contestó. Llamó a su edecán y le ordenó que reúna en el salón principal a toda la gente que estaba en el Palacio.

El Presidente llegó a media mañana con un casco de combate en la cabeza y una metralleta soviética en la mano derecha. Se paró en el medio del salón y dijo a su círculo: *“Señores, yo me quedo. Siempre he dicho que saldría de aquí únicamente...”*. Los primeros disparos rompieron los ventanales y atravesaron el cuarto. El Presidente se tiró cuerpo a tierra y preparó la metralleta, lista para el combate. Las mujeres se escondieron en otra oficina y los hombres armados imitaron al Presidente. Después de veinte minutos, la campanilla del teléfono interrumpió la retórica balacera. Esta vez optó por la calma y rogó que dejen salir a las mujeres.

Al mediodía el teléfono sonó por tercera y última vez. La voz castrense anunció el ultimátum final. *“Quien quiera irse que se vaya. No están disparando”*, dijo el Presidente pero nadie se movió. A la hora comenzó la lluvia que había anticipado.

El fuego empezó a expandirse por todo el Palacio y el ambiente se tornó irrespirable. Entonces la Infantería incursionó por el este, subió hasta la oficina central y derribó la puerta de la sala. El humo de los gases lacrimógenos empezó a irritar los ojos de los sitiados y provocó el llanto en algunos de ellos. El Presidente contuvo las lágrimas y dio orden de capitular a sus partidarios. *“Ríndanse al ejército. Yo saldré último”*, dijo. Uno a uno, con las manos en alto y desarmados, fueron saliendo de la habitación. Su guardia personal encabezó la fila y al llegar a la puerta de calle giró la cabeza y vio que el último no era el Presidente.

Marzo 1998.